

FABRICIO.

Paso, paso, señores; que no pienso deberos nada.

GERARDO.

Calla, calla, que allá tienes de ir por fuerza ó por grado: ayuda aqui, Julieta.

JULIETA.

Eso es de gracia, que á mas soy obligada por lo que toca siquiera á mi ama. ¿Coceais? Callá, que vos saldreis manso y el patron quejoso, y mi ama contenta, que es lo mejor.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

(Calle.)

VERGINIO. GERARDO. JULIETA.

VERGINIO.

El mas contento y satisfecho hombre del mundo salgo de casa de Gerardo, solo por dejar á mi hija Lelia en compañía de la suya.

GERARDO.

¿Adónde se puede sufrir un semejante caso y atrevimiento como este, sino en tierra de Guinea? Yo le castigaré al ribaldo tacaño, segun meresce. ¿Qué cumple mas?

VERGINIO.

¡Válame Dios! ¿Qué es aquello?

JULIETA.

¡Ay, señor Verginio! por el amor de Dios que se vaya presto de aqui.

VERGINIO.

¿Cómo, qué ha sucedido?

JULIETA.

Ya lo decia yo, pecadora de mí, que aquel manco era Fabio, criado de Lauro, y ellos que no, sino Lelia.

VERGINIO.

¿Qué dices?

JULIETA.

Digo que mi señor se está armando con determinacion de matar á vuesa merced.

VERGINIO.

No hará, hija.

GERARDO.

¡Asi, que fiándome yo de un hombre de tanta honra, me haya engañado tan malamente! ¡Ah don traidor! ¿aqui estais?

JULIETA.

¡Ay! señor, téngase.

GERARDO.

Déjame, rapaza.

ESCENA II.

CRIVELO, Y DICHOS.

CRIVELO.

Paso, paso, señor Gerardo, tené un poco de respeto, siquiera por quien está en medio.

VERGINIO.

Mirá, buen hombre, si algo presumís que os debo, dejadme llegar á la posada, que presto daré la vuelta y os responderé como mandáredes.

GERARDO.

Andá, que aqui os aguardo.

CRIVELO.

Que no es menester nada deso, señor Verginio. ¿No sabríamos qué ha sido esto?

VERGINIO.

Yo no lo entiendo.

GERARDO.

¿Qué no lo entendeis?

CRIVELO.

Señor Gerardo, por amor de mí, que me diga lo que hay ó sobre qué es la quistion, que si es cosa que tiene remedio, aqui está Crivelo que basta á remediarlo todo.

GERARDO.

¿Qué remedio puede haber, pecador de mí, que fiándome yo de este señor, me engañase?

CRIVELO.

¿De qué manera?

GERARDO.

De esta: que á fuerza de brazos me ha hecho poner un mancebo en mi casa que se llama Fabricio.

JULIETA.

Que no, sino Fabio, señor.

CRIVELO.

Ya le conozco.

GERARDO.

Haciéndome creer que era su hija Lelia.

VERGINIO.

Sí que lo es.

GERARDO.

¿Aún porfias, mal hombre?

CRIVELO.

Téngase, señor, y mire quién está delante.

GERARDO.

Yo fiándome dél, creyendo ser ello asi, púsele en compañía de mi hija Clavela y le he hallado abrazado y besándose con ella. ¿Paréceos si ha deshonrado mi casa para cuantos dias viviere?

VERGINIO.

Restituidme mi hija, digo yo, y dejaos de esas francias.

GERARDO.

Restituidme vos mi honra: no penseis vencerme con palabras.

VERGINIO.

Esperadme pues aqui.

ESCENA III.

GERARDO. JULIETA. CRIVelo.

CRIVelo.

Vuelta, vuelta, señor Verginio. Señor Gerardo, él se va sin duda á armar, quitémonos de aqui.

GERARDO.

¿Cuál quitar? juro á mí pecador, de aqui no me quite hasta verme persona con persona con él: veamos á cuánto llega su lanza.

CRIVelo.

Mejor será que se quite de la calle, y no dé qué decir á los vecinos.

JULIETA.

Bien dice Crivelo, señor.

GERARDO.

Por ese respeto lo quiero hacer.

CRIVelo.

Pues, señor, quédese con Dios y éntrese en su casa.

GERARDO.

Y vaya con él.

ESCENA IV.

FRULA. SALAMANCA.

SALAMANCA.

¿Pues qué diabros! ¿Tanto madrugoren, que no tuvieron acuerdo de almorzar primero que se huesen, señor huesped?

FRULA.

¿Yo no te dije que no sé mas de cuanto el mozo salió primero por esa puerta, que el otro como Abad fue en su busca?

SALAMANCA.

Y dígame, señor mesonero ó bodegonero ó como es su gracia, por vida de'sa cara, cara honrada, ¿sin almorzar se salieron?

FRULA.

Tu señor el mozo bebió con una tórtola.

SALAMANCA.

¿Pues qué diabros! ¿No habia taza en casa, que bebió con una tórtola?

FRULA.

¿Como! Un pájaro, animal.

SALAMANCA.

Y qué ¿animal no es pájaro?

FRULA.

No, pues eres tú.

SALAMANCA.

Mercedes, señor huésped.

FRULA.

Si tú no quieres entenderte. Lo que yo digo es que comió la tórtola y bebió tras de ella, y el Abad viendo que era ido, demandó sopas de la olla, y así se fue.

SALAMANCA.

¿Qu'en sopado va? ¡Ah! ¿búrlase?

FRULA.

¿Por qué me tengo de burlar?

SALAMANCA.

Yo juro al cielo de Dios, que no fue ese hecho sino de hombres lamineros: eso meresce el pobre de Salamanca, por irse á dormir en el pajar y ahorrar de cama.

FRULA.

¡Catá! ¿Qué, Salamanca te llamas?

SALAMANCA.

Salamanca me llamo, y aun me pesa dello.

FRULA.

¿Por qué?

SALAMANCA.

Porque en cosas de comer siempre quedo manco.

FRULA.

Hora bien, queda en hora buena.

SALAMANCA.

Vaya con Dios, señor bodegonero. ¡Oh! pobre de ti, Salamanca, ¿dónde irás agora solo y en tierra agena, y sin almorzar ni quien te convide? por aquí será bien que atraviase y pida la plaza á do se venden cosas de comer.

ESCENA V.

LAURO. CRIVELLO.

LAURO.

Cuéntame, Crivello, lo que á contar me empezaste, sin errar solo un punto.

CRIVELLO.

Que yo te lo diré, señor, sin discrepar ni tan solamente una puntada.

LAURO.

Pues dí.

CRIVELLO.

Has de saber, señor, que como tú me enviaste en casa de Clavela á ver á qué efecto ese rapaz se habia detenido tanto, hallé riñendo á Verginio y á Gerardo.

LAURO.

¿Y sobre qué?

CRIVELLO.

Sobre que oí decir á Gerardo que habia hallado á Fabio abrazado con su hija Clavela.

LAURO.

¡Oh traidor! ¿Qué, tal oíste?

CRIVelo.

Dije que lo oí con estas propias orejas, y fue bien oído.

LAURO.

¿Que fue bien oído? ¡Tacaño!

CRIVelo.

No te empines, señor, contra mí, porque es verdad lo que te digo.

LAURO.

Yo te creo.

CRIVelo.

¿Cuál yo te creo? Digo que lo haré bueno al diablo que sea, si es menester, encima de un brocal de un pozo, que cumple palabras.

LAURO.

Vamos: si yo no le diere su pago, no me llamen hombre hijodalgo.

CRIVelo.

¿Qué? yo basto, señor, á cortalle aquellos brazuelos.

LAURO.

Crivelo, vente conmigo, y en velle, dale de tal suerte que le dejes tendido.

CRIVelo.

Eso haz cuenta que está hecho. Yo me porné desta postura, sino desotra, y capete en tierra. Vamos.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

(Calle.)

LELIA. QUINTANA. SALAMANCA.

LELIA.

¿Qué tengo de hacer, pobreta de mí, sino tomar el mejor expediente? Especialmente que Lauro mi señor tiene entendido de Crivelo su lacayo que me han visto abrazada con Clavela. Yo no entiendo quién puede ser este que en mi forma y hábito haya tenido tal atrevimiento.

SALAMANCA.

Señor Mase Quintana. ¿Qué digo? Ojo, hé allí á Fabricio.

QUINTANA.

Ya lo veo.

LELIA.

En manos de Marcelo mi amo voy derecho á ponerme.

QUINTANA.

Llámale; y sin manteo viene.

SALAMANCA.

Habráselo jugado: ¡ah! señor. ¡Válame Dios! ¿está sordo?